

La actualidad de Ernst Bloch*

El principio esperanza, la obra más conocida de Ernst Bloch, fue escrita entre los años 1938 y 1947 en los Estados Unidos de América. Sin embargo, aún debería esperar algunos años más para ser publicada en la entonces llamada República Democrática Alemana y, tras una nueva revisión, aparecer en su edición definitiva en la editorial Suhrkamp, en la República Federal de Alemania. Nacida en ese momento histórico en el que Europa se está viendo sumergida por la marea del nacionalsocialismo y en el que el autor, como mucho otros intelectuales alemanes, se ha visto condenado al exilio, efectuando ese camino «de una a otra orilla» que fue buena muestra del itinerario de la cultura europea durante el siglo XX, puede parecer una obra ya muy distante de nuestro horizonte intelectual, como un «producto de época», que hoy carecería de actualidad y cuya nueva publicación apenas está justificada.

Con todo, constituye una característica de las grandes obras del espíritu el que alcancen vida propia y, aunque hayan cambiado las condiciones en que fueron gestadas, sigan permaneciendo vigentes, en la medida en que han sabido reflejar aspectos perdurables de la siempre frágil condición humana. La obra de Bloch, leída hoy, nos sigue hablando en el lenguaje de las cosas que nos conmueven, porque nos afectan en nuestro ser esencial. Muchas de las expectativas que en él aparecían anunciadas pueden haber quedado incumplidas, pero Bloch ha puesto de manifiesto condiciones

Prólogo a la edición española de: Ernst Bloch, *El principio esperanza*, Madrid, Editorial Trotta, 2004, tomo 1, 515 págs. Traducción: Felipe González Vicén.

básicas de la existencia y fundamenta un conjunto de categorías que nos permiten una mejor comprensión del carácter procesual de la realidad.

En la filosofía de Bloch, en primer término, nos llama la atención el lenguaje. Se ha dicho que lo característico del pensamiento del siglo XX ha sido el «giro lingüístico», situar en el primer plano de la reflexión lo que de determinante tiene el lenguaje en la expresión de nuestras ideas. Atender a esa «realidad» nos ha hecho tal vez olvidar que, para la filosofía, la relación con un determinado «estilo» siempre ha sido fundamental y hay toda una tradición de la filosofía alemana que ha buceado en las fuentes mismas del lenguaje para intentar una determinada conformación de las cosas. La obra de Bloch hunde sus raíces en el romanticismo alemán, y de ahí la abundancia de arcaísmos y la a veces torturada utilización de las palabras, que incide en la misma forma de distorsión de los términos que ha convertido a Hegel o a Hölderlin en maestros de una característica forma de «pensar». Bloch ha manifestado en múltiples ocasiones su estrecha vinculación con el pensamiento de aquél, el único filósofo al que ha consagrado una monografía, y se ha referido a la temprana «lectura erótica» de la *Fenomenología del Espíritu* que realizara en su juventud en la biblioteca del castillo de Mannheim (donde yo mismo, años después, iniciaría la redacción de mi libro sobre el autor de *El principio esperanza: Historia, política y derecho en Ernst Bloch*, que acabaría años después viendo la luz en esta editorial). Pero además el lenguaje de Bloch también surge de otras fuentes: de los cuentos de hadas, de las novelas populares, de los grandes poetas alemanes, de Hebel, el autor de las historias del calendario, pero también de los textos cabalísticos, de los furiosos sermones de Thomas Müntzer. Bloch ha dicho que su pensamiento se mueve en el espacio que va de la filosofía de Hegel a las novelas de Kart May, que es lo mismo que decir que pretende recoger todo un mundo, todo un despliegue de lo que han sido los mejores sueños del ser humano. La vastísima cultura de Bloch le permite internarse en los ámbitos más diversos, componiendo una obra que no se parece a ninguna otra. Resulta conmovedor que en los años de redacción de la obra, en el exilio, sin trabajo remunerado, alternara la escritura con el cuidado de su hijo Jan Robert, que luego diría que le hablaba de Hegel, Jakob Böhme o Bacon como si fueran contemporáneos y con la familiaridad con que otros relatan a sus hijos cuentos infantiles.

Bloch también fue el «filósofo del expresionismo», y su primera obra, *Espíritu de la Utopía*, pudo ser vista como la mejor muestra filosófica de ese movimiento, que pre-

tendía representar una revuelta contra el «mundo de ayer» (como lo calificara Stefan Zweig, en su emotiva rememoración de esa época), que acabaría desmoronándose con la primera guerra mundial. Aunque, en el momento de la redacción de *El principio esperanza*, Bloch ya ha recorrido un largo camino y tanto su pensamiento como su estilo se han depurado, siempre permanece en su obra ese «resto» derivado de sus orígenes expresionistas que le confiere un sesgo muy especial a su filosofía.

Frente al *Espíritu de la Utopía*, que había tenido la virtualidad de poner en primer término el concepto de utopía y que ha sido considerada como una de las obras fundacionales del «marxismo occidental» (junto a *Historia y conciencia de clase* de Lukács y *Marxismo y filosofía* de Karl Korsch), en la medida en que también suponía una ampliación «filosófica» de la obra de Marx, *El principio esperanza* representa una transformación considerable. Lo que en su obra juvenil era ante todo una expresión del vacío de la época, escrita en un tiempo en que la guerra y la muerte constituían la realidad cotidiana y en medio de terribles circunstancias personales, se convierte ahora en un intento de construcción sistemática, en la que la «filosofía del futuro» se sitúa en el centro mismo de la reflexión.

Lo que prima en la gran obra de Bloch es la consideración antropológica del hombre como «ser utópico», como expresión de una realidad aún no concluida y que se trata de ir transformando. De ahí que el punto de partida lo constituya la idea de que «pensar significa traspasar»: lo que Bloch pretende es una filosofía que sea capaz de poner los medios para la edificación de un mundo nuevo, en el que se haga al fin realidad que el hombre deje de ser considerado como un objeto y que se sitúe en el centro de la historia.

Mas Bloch no pretende partir de una consideración apriorística del ser humano, sino llegar a determinar el papel de ese hombre desde el análisis de la existencia inmediata. De ahí que Bloch inicie su periplo desde la «oscuridad del instante vivido», de ese momento en el que aún está por hacerse lo que el hombre realmente es. El título original del libro iba a ser «Sueños de una vida mejor» y todo él puede entenderse como una inquietante indagación sobre el sueño, pero no ese letargo en el que cobran vida nuestros temores y nuestras inquietudes, sino los «sueños soñados despierto», aquellos sueños diurnos en los que llegamos a descubrir por un instante el sentido de las cosas.

Bloch analiza en profundidad y con algo de acritud las grandes investigaciones del psicoanálisis: los planteamientos de Freud, de

Jung, de Adler, pero en ellos apenas descubre algunas intuiciones sobre lo que realmente pueden significar las tendencias profundas del ser humano. El punto de vista de Bloch no pretende ser en absoluto objetivo, sino que es conscientemente parcial. Bloch quiere construir su sistema *cum ira et studio*, tomando partido por el futuro y por la esperanza, haciendo verdad la afirmación de Kant de que, aunque el hombre sea una pequeñez en relación con el conjunto de la Naturaleza, sin embargo debe ser considerado como dotado de una especial dignidad y que el imperativo ético lleva precisamente a intentar acabar con aquellas situaciones en que el hombre se convierte en un ser humillado, esclavizado.

El principio esperanza pretende, en cierta medida, construir un sistema, pues en su libro sobre Hegel Bloch ya ha dejado claro que para él cualquier gran filosofía lleva el sistema en la mochila, pero el sistema que él pretende fundamentar es un sistema de nuevo cuño, un «sistema abierto», sistema de interrupciones, que rompa con el círculo de los círculos a que conducía la filosofía hegeliana. La propia forma del libro responde a esta nueva consideración y sus capítulos son fragmentos, en algunas ocasiones muy breves y en otras extensísimos, que pretenden dar cuenta de ese carácter quebradizo de la realidad. Para Bloch los filósofos en el fondo no pretenden en toda su vida más que escribir un libro, aunque a veces aparezca fragmentado, desarrollado en diferentes otros trabajos. *El principio esperanza* es el libro que Bloch lleva dentro de sí y que resume toda su filosofía, y las obras anteriores y posteriores pueden verse como preparación, primero, y luego como desarrollos, de este libro en el que se recogen sus afirmaciones fundamentales.

Además, es uno de los libros más hermosos y a la vez más terribles de la filosofía del siglo xx. En él están todas las luces y todas las tinieblas, todos los anhelos y las frustraciones de ese torturado siglo, en el que, a la vez que se han alumbrado nuevas expectativas, se ha visto el fracaso y la descomposición de aquello que podía haber significado un nuevo horizonte para el surgimiento de una sociedad más humana. Ha habido varios autores que, desde una perspectiva conservadora, han pretendido presentar réplicas al «principio esperanza»: Schelsky, que dedicó una monografía a la ácida crítica del trabajo de Bloch, se refirió al «principio experiencia» y Hans Jonas pretendía sustituirlo por un «principio responsabilidad».

Pero ninguno de ellos ha llevado sus propuestas a la radicalidad que está en el origen de la construcción de Bloch: la esperanza es principio, porque el mundo aún no

está concluso, porque los hombres estamos siempre en el camino y esperamos que lo mejor aún esté por llegar. Frente al pesimismo de gran parte del pensamiento contemporáneo, Bloch es partidario de un «optimismo militante», pero teniendo presente siempre que la esperanza en el futuro no significa meramente confianza en él, sino trabajo en el sentido de la construcción de ese horizonte emancipador. Esa consideración antropológica se despliega en una multiplicidad de variaciones que ha hecho que se pueda considerar *El principio esperanza* como una «enciclopedia de las utopías», pues no hay autor en que alcance tal variedad de manifestaciones. Bloch no se limita al examen de las utopías sociales, que apenas constituyen una de las posibles formas de despliegue del impulso utópico, sino que pretende la consideración de la utopía como una «función», como una forma de conocimiento de la realidad.

En relación con la filosofía clásica, Bloch parte de la categoría de la «posibilidad», indagando algo apenas hasta ahora preanunciado: la idea de que no hay nada concluso, que la realidad es proceso, que lo posible está siempre surgiendo de lo real. La función utópica, que lleva al hombre a intentar rebasar el horizonte de lo inmediato, se extiende en Bloch de tal manera que incluso en las ideologías encuentra un «excedente utópico», algo aún por realizar. Bloch se sumerge en el estudio de todos los elementos que nos ponen de relieve la naturaleza fragmentaria de la realidad, pero para dotar de un sentido a esa construcción precisa de una concepción del mundo, que él encuentra en el marxismo.

En *El principio esperanza* se encuentra uno de los más bellos y penetrantes análisis de las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx, no sólo la conocida tesis XI, que es toda una consigna de trabajo a emprender, sino el conjunto, en el que se advierte lo que para él es decisivo, que el marxismo es una «utopía concreta», la forma de entender la utopía que la ha liberado de la mera ensoñación quimérica y la ha convertido en instrumento transformador. Paralelamente a este esclarecimiento de la categoría de la posibilidad y de la función utópica, Bloch despliega toda una ontología, pero que pretende ser diferente a la de la metafísica tradicional, una ontología del todavía-no-ser, en el que se anuncian expectativas aún no cumplidas. Pero Bloch nunca pierde de vista que puede no alcanzarse ese futuro humano, que la nada, como categoría límite, siempre puede extender su dominio y hoy somos tal vez mucho más conscientes de esa posibilidad de lo que él lo pudo ser.

Las diferentes conformaciones de la utopía se van sucediendo a lo largo de las páginas

del libro: hay castillos en el aire, imágenes en el espejo, cuentos de hadas, sueños en el cine, en el teatro, en la danza, en el viaje, en la novela, en todo aquello que el hombre crea o imagina. Pero el momento más hermoso de ese despliegue utópico se encuentra en las tentativas del hombre por construir una sociedad ideal: utopía no es utopismo y es necesaria toda la historia de la filosofía para entender el significado de la palabra «utopía». Con todo, el lugar no existente que trazara Moro da nombra a todo un conjunto de ensoñaciones sociales, en las que se ha producido una contraposición entre dos ideas que han intentado prevalecer: la libertad y el orden.

Para Bloch la historia de la utopía social no se inicia con Moro, sino que ya en el mundo antiguo podemos ver prefiguradas las dos alternativas que siempre han quedado abiertas: el reino de la libertad puede entenderse ante todo como un «orden», como un «reino», o como una «libertad» que prima y se impone a todo tipo de reglamentación social. La antítesis que representan Moro y Campanella, como defensores respectivamente de la «libertad» y del «orden», se reproduce una y otra vez y la propia consolidación del socialismo ha sufrido esos avatares, lamentablemente imponiéndose casi siempre la visión calculadora y ordenancista sobre la proclamación de una libertad cuya plasmación queda diferida a un futuro nunca cumplido.

Hay además utopías médicas, utopías geográficas, anhelos utópicos en la música, en las figuras paradigmáticas de nuestra cultura y, de forma especial, en la religión. No es uno de los méritos menores de Bloch el haber abierto el marxismo al tratamiento de la religión. Lo que Bloch descubre en ella es «el corazón de un mundo sin corazón» y ya desde sus primeros escritos Bloch ha desarrollado una línea emancipadora en el cristianismo.

Bloch busca un «trascender sin trascendencia», una consideración de la religión en la que la esperanza cobra sentido. El libro en el que desarrollará, años después, su examen de la religión se llamará *El ateísmo en el cristianismo* y no hay mejor muestra de cómo su ateísmo se carga de consideraciones religiosas. «Sólo un ateo puede ser un buen cristiano» y «sólo un cristiano puede ser un buen ateo», concluirá Bloch, intentando descubrir el significado profundo de la religión desde su propia concepción del hombre. Toda una teología se desarrollará a partir de la filosofía de Bloch: la teología de la esperanza, de la que han surgido algunas de las más importantes y más hermosas renovaciones de lo que hay de emancipador en el cristianismo. La figura inspiradora para Bloch de ese espíritu trans-

formador que labora en la religión lo representa ante todo Thomas Müntzer, el teólogo de la revolución, al que dedicó uno de sus primeros libros.

Siempre está presente para Bloch la posibilidad del triunfo de la nada, de la destrucción completa, y nuestra propia existencia personal está marcada por la presencia de la muerte, la más amarga de las antiutopías. Incluso frente a ella, Bloch busca integrarla en su consideración del hombre, dotarla de un sentido, si no en el presente, tal vez en un futuro en el que el individuo encuentre su lugar en una sociedad distinta. Esa sociedad exige, para Bloch, que las ideas derivadas de la filosofía de Karl Marx alcancen su cumplimiento. El último capítulo se titula «Karl Marx y la humanidad: materia de la esperanza» y podemos contraponerlo al que ponía fin a *Espíritu de la Utopía*: «Karl Marx, la muerte y el Apocalipsis». En su primera obra apenas podía atisbarse la expectativa de una modificación de las condiciones de vida, en un mundo que era visto fundamentalmente como el triunfo de la muerte, el escenario de una profunda devastación. Por el contrario, *El principio esperanza* concluye con una esperanza, con el anhelo de que una nueva sociedad sea posible, que pueda llegar a establecerse un mundo verdaderamente humano, que se convierta en «patria» de la identidad en la que aquello que los hombres han atisbado en la infancia puede tornarse verdadero.

Escrita en las difíciles condiciones del exilio, la obra concluye en la esperanza de que pueda convertirse el mundo en «patria», en ese entorno familiar en el que todos encontramos acomodo (y no se debe dejar de recordar que *Heimat* no es del todo equivalente a nuestro término castellano «patria», y Hans Mayer ya apuntaba que tal vez debiera traducirse por «país», por la tierra natal, por el mundo en que se hunden nuestras raíces y al que estando lejos anhelamos retornar).

¿Qué sentido tiene volver a leer hoy este libro, que aquí hemos pretendido presentar a grandes trazos? ¿Puede considerarse actual una filosofía que se proclama abiertamente marxista, en un momento en que la obra de Marx parece tan alejada de nuestras consideraciones presentes? En nuestro horizonte desencantado ¿cómo pueden leerse unas páginas que no hacen más que desgranar las posibilidades de la utopía? ¿No se había producido el final de la utopía?

Las dolorosas experiencias de los últimos tiempos han estado presentes en mi ánimo mientras escribía estas páginas, pero no han llegado a convencerme de que *El principio esperanza* deba ser relegada al museo de las antigüedades. El desafortunado curso que

ha seguido nuestra existencia colectiva no hace más que reafirmar la necesidad de seguir leyendo a Bloch. No se trata de un profeta que haya sido rebatido porque sus supuestos augurios no hayan alcanzado cumplimiento, sino de un filósofo que ha pretendido ampliar nuestro conocimiento de la realidad. Jorge Semprún, que, como Bloch, recibió el Premio de la Paz de los libreros alemanes, relata en un fragmento autobiográfico su lectura de Hegel en un campo de concentración y luego añade: «Nunca se acaba de leer a Hegel». También podríamos decir que «nunca se acaba de leer a Bloch», porque se ha convertido en un clásico y nos ha descubierto un territorio hasta ahora poco transitado, el territorio de la esperanza; pero, para tener sentido, la esperanza debe de ser mediada, fundada, contrastada con una realidad que siempre se resiste a verse alterada.

Leyendo hoy *El principio esperanza*, hay capítulos que muestran tonalidades nuevas, aunque otros nos parezcan más expresión de un mundo que en algún momento quizás hubiera sido posible, pero que el paciente trabajo de lo negativo ha vuelto lejano y puede que ni siquiera deseable. La corrupción de lo óptimo es lo peor que puede suceder y la propia experiencia vital de nuestro autor le condujo, cuando se encontraba en la que él consideraba la «verdadera Alemania», a tener que emprender nuevamente el camino del exilio, porque no se pueden poner muros a la libertad.

La caída del muro, se dice, ha dado inicio a una nueva época de la historia, cerrando ese «corto siglo XX». La filosofía de Bloch ha transitado por todas las aventuras de ese atormentado siglo y a través de él se ha visto obligado casi a, como decía Brecht de sí mismo, «cambiar de país como de zapatos». El verdadero intelectual, como Bloch, siempre está en el exilio, porque la realidad nunca se conformará a nuestros deseos y siempre tendremos que estar buscando cambiar la pétrea corteza de las cosas. Hace unos años, ante la amenaza de destrucción total que podía derivarse de la guerra fría, Enzensberger escribió unas «glosas marginales para el fin del mundo» y buscaba protegerse de la caída en la desesperación con las «armas de *El principio esperanza*». Probablemente, el sentido de este libro sea el de convertirse en «arma de construcción masiva» y quien lo lee no puede dejarse llevar por la desesperación, que puede acecharnos cuando observamos el mediocre horizonte actual.

Hay un bello capítulo en el segundo volumen de la obra en el que Bloch se interna en las potencialidades utópicas de la paz y llega a la conclusión de que sin el socialismo no hay paz duradera posible, pues en el ca-

pitalismo no se la alimenta más que como a los corderos que se preparan para ser conducidos al matadero. La hipocresía de algunos dirigentes políticos y su cínica justificación de acciones (ahora llamadas «conflictos» y no «guerras») que generan innecesario sufrimiento y humillación parece ya haber sido prevista en esas páginas, en las que nuestro autor también incide en la que sería la materia objeto de su discurso al recibir el Premio de la Paz de los libreros alemanes: el derecho de resistencia.

Nuestras sociedades, en las que aparentemente se ha producido un pacífico triunfo de la democracia, apenas reconocen la posibilidad de que aquellos que disienten de la actuación de los dirigentes puedan desenvolver su actuación, sin verse sometidos a temibles consecuencias. En la obra de Bloch late una fundamentación de la democracia, que pretende desarrollar la idea de Marx de oponer, a una consideración puramente formal, una «verdadera democracia», que es, como ya dijera Rosa Luxemburgo, impensable si no es en una sociedad socialista. La actualidad de Bloch consiste en haber indagado en cuestiones esenciales de nuestra condición humana y en haber llevado la reflexión hasta ese límite con el que el pensamiento crítico siempre se enfrenta: la transformación de la sociedad.

En ese recorrido nunca ha estado solo, sino en buena compañía, y en los últimos años se ha creado un premio, que lleva su nombre, para reconocer a aquellos que también buscan el mismo objetivo: Hans Mayer, Kolakowski, Moltmann, Hobsbawm, Pierre Bourdieu e incluso Dolf Sternberger, el creador de la idea del «patriotismo constitucional», que ha intentado ser utilizada y banalizada por pseudoideólogos al servicio de intereses partidistas. La tradición del pensamiento crítico se reconoce en la figura de Bloch y sobre sus libros va construyendo unas armas de la crítica que, como antes y como siempre, sólo pueden partir de la crítica de las armas. Uno de los sociólogos más relevantes de la actualidad, Bauman, en un libro reciente, ha confesado la admiración que le produjo leer el modo en que Bloch caracterizaba la dimensión utópica del ser humano.

Hay una feliz expresión del Hölderlin que Bloch menciona en varias ocasiones: allí donde alienta el peligro, surge la salvación. En momentos recientes hemos visto de nuevo cumplirse su verdad: las multitudes han salido a la calle para mostrar su disconformidad con actuaciones políticas concretas y, años antes, Bloch, una y otra vez, marchó con los jóvenes para manifestar su protesta frente a la guerra de Vietnam, frente a la esclerosis de las sociedades occidentales, que, como ya señalaba él, se dirigen

hacia su propia destrucción. Sería un error, pese a todo, presentar a Bloch como una especie de «santo laico», pues en sus obras y en sus afirmaciones, como en las de todos los pensadores que han intentado llevar sus ideas hasta el final, ha habido luces y sombras.

Bloch ha elaborado análisis certeros y también ha justificado, en interés del socialismo, acciones que hoy nos parecen terribles, pero en todo caso siempre ha pretendido ser fiel a lo que él consideraba esencial: la construcción de una sociedad socialista, en libertad y en democracia, en la que cobran sentido las mejores aspiraciones del género humano.

Hace años que la bella edición que lanzara en los años setenta la editorial Aguilar está agotada. Por esto hoy era necesario contar de nuevo en nuestras librerías y en nuestras bibliotecas con este hermoso libro, para que sus ideas esenciales, su anhelo de modificación del mundo más allá de toda interpretación, volvieran a estar próximos a las nuevas generaciones.

Bloch había sido ya muy leído en España, y con gran penetración, por autores que me guiaron en mis primeras lecturas del filósofo como Gómez Heras, José Antonio Gimbernát, Justo Pérez del Corral, Gómez Caffarena, Reyes Mate, Juan José Tamayo, Javier Muguerza (con quien apenas hace unos días coincidí en el teatro, viendo la muy aclamada *Copenhague*, que muestra un interesante debate sobre la ética de la responsabilidad de los científicos) y, por supuesto, José Luis L. Aranguren (que, en el último año de docencia antes de su jubilación, me enseñó la importancia de la función utópica como necesario complemento de la función crítica que deben desempeñar los filósofos y el sentido de la utopía como sub-versión, versión subterránea y dinamitadora de la realidad). Ha habido después otros afortunados conocedores de la filosofía de Bloch como Vicente Ramos Centeno, Javier Oroz Ezcurra o Manuel Ureña Pastor.

Pero cada generación vuelve a leer las obras de los clásicos y descubre en ellas nuevos matices. Dada la enorme complejidad de *El principio esperanza*, parecía casi imposible emprender una nueva traducción, además de que hubiera sido una lástima desplazar la célebre versión llevada a cabo por Felipe González Vicén, que fue uno de los máxi-

mos responsables de que Bloch fuera accesible en castellano desde hace muchos años. Lo único que se ha pretendido es reducir en algunas ocasiones la difícil sintaxis del texto y modernizar ligeramente el vocabulario a veces algo alejado del presente, aunque intentando que no se perdieran las bellas resonancias del lenguaje blochiano. Una atenta lectura ha hecho posible que se pusieran de manifiesto algunas dificultades del texto que se han pretendido paliar y algunas erratas (que, en algún caso, provenían incluso del original alemán). Se ha intentado preparar una «edición de trabajo» y de ahí que se haya procurado, en la medida de lo posible, identificar las citas de Bloch, señalando la traducción castellana, cuando la hay, o proporcionando los datos para su posible localización. Al fin y al cabo, como ya señalaba Bloch respecto de la *Fenomenología del Espíritu*, leer *El principio esperanza* es emprender un viaje lleno de aventuras y peligros, y lo que hemos intentado es facilitar al lector para que, si quiere, recorra los mismos caminos y surque las mismas aguas. Bloch cita de manera muy particular, con a veces muy pequeñas indicaciones, por lo que no ha sido fácil llevar a cabo esta tarea. También, probablemente por haber sido escrita en difíciles condiciones, se han detectado algunas posibles confusiones, de las que se hace mención en el lugar indicado.

Cuando la editorial Suhrkamp se interesó por una nueva edición de la obra, pensó, sin duda, que en el catálogo de Trotta encontraría su lugar adecuado. No deja de haber similitudes entre ambos empeños editoriales y, ahora que en el catálogo se ha incorporado la nueva traducción de *Ser y tiempo*, los libros de Bloch y Heidegger pueden entablar un diálogo interminable. Los filósofos parece que se encontraron sólo una vez, paseando por la Selva Negra, y hablaron sobre Hebel, al amigo de la casa, ese autor de historias del calendario que nos ha legado profundas reflexiones sobre las pequeñas cosas que configuran nuestra realidad inmediata. Ambos escribieron breves trabajos sobre ese escritor tan alemán y en ellos plasmaban algo que consideraban esencial: la «apatridia» del hombre contemporáneo, contemplada por Heidegger con algo de amargura y mirando con nostalgia hacia el pasado y observada por Bloch como el presagio de algo que ha de llegar en el futuro.

Madrid, julio de 2003